

SIMONA SPARACO

EL SILENCIO DE NUESTRAS PALABRAS



 Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

23 de marzo, 23.41 horas

Primera parte

8.52 horas. Quince horas antes del incendio

9.47 horas

10.03 horas

10.33 horas

Segunda parte

17.15 horas. Seis horas antes del incendio

19.31 horas

20.55 horas

21.53 horas

23.31 horas

Tercera parte

23 de marzo. Un año después 8.52 horas

Nota de la autora

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Es medianoche y una fina niebla envuelve la ciudad dormida mientras en un edificio se origina un incendio cuyas llamas, lentas e invisibles, comienzan a devorar lo que encuentran. En uno de los pisos Alice se duerme mientras espera que Matthias, su nuevo amor del que todavía no se ha decidido a hablar a su madre, regrese. Bastien, el hijo de otra de las vecinas, lleva meses tratando de revelar algo que podría romperle el corazón, pero no encuentra el coraje para hacerlo. Otro tipo de coraje es el que le falta a Polina, una antigua bailarina clásica, incapaz de aceptar su cuerpo tras la maternidad.

Pero tanto para ellos como para el resto de habitantes del edificio ya no queda tiempo: los acontecimientos están a punto de revolucionar sus perspectivas, obligándolos a tomar decisiones extremas y a descubrir, al fin, que las distancias que nos separan de los demás sólo se superan con un amor absoluto: aquel que no conoce condiciones.

EL SILENCIO DE NUESTRAS PALABRAS

Simona Sparaco

Traducción de Isabel González-Gallarza



Esta novela ha merecido el Premio DeA Planeta 2019, concedido por un jurado compuesto por Massimo Carlotto, Marco Drago, Claudio Giunta, Rosaria Renna y Manuela Stefanelli.

A Cherie y Francesca,
que caminan a mi lado
en esta vida.

A la tía Renata, que me
espera en la otra.

23 de marzo, 23.41 horas

El cielo está despejado y perforado de estrellas, oculto a ratos por una neblina que acaricia la ciudad. Mientras la oscuridad trata de propagarse sobre la metrópoli, un edificio de fachada rosa claro se incendia. Sin ninguna señal premonitoria. De improviso, las llamas.

En pocos minutos el incendio alcanzará el revestimiento exterior y se extenderá con igual rapidez por las cuatro plantas del edificio.

Más tarde se descubrirá la causa: un cortocircuito en el frigorífico de un apartamento de la segunda planta, el 3B. Una vivienda de tres dormitorios repartidos en ciento treinta metros cuadrados.

En la cocina revestida de linóleo hinchado y amarillento hay un tablón tapizado de dibujos y viejas fotografías, y la despensa llena de polvo sólo contiene un paquete de galletas caducadas y alguna que otra botella con restos de licor.

Las llamas avanzan hacia los dormitorios, donde los colchones y las almohadas están cubiertos por una pátina opaca, luego suben por los armarios impregnados de naftalina, rodeando colchas apolilladas y contenedores de plástico, hasta encontrar al fin el tejido suave y altamente inflamable de las cortinas de viscosa.

Alice está dos plantas más arriba. En el apartamento en el que se encuentra, el humo es aún una neblina apenas perceptible. Pero si estuviera despierta, reconocería el olor. Si estuviera despierta, también habría oído el teléfono al primer timbrado. Pero hace veintiún años que de noche Alice se queda dormida como un tronco, igual que una niña.

A menudo sueña que vuela. A veces cae en picado. Un sobresalto sacude su cuerpo justo cuando está a punto de tocar tierra. No suele despertarse, al contrario, cambia de escenario y retoma el vuelo.

Cuando la llamaba para ir al colegio, su madre solía echarle unas gotas de agua en la cara. Ahora le vendrían bien unas gotas de agua. Y su madre.

En la pantalla iluminada parpadea el nombre de Matthias. Él también conseguiría despertarla si estuviera allí. Si no se hubiera quedado atrapado en el ascensor.

En la tercera planta, Naima duerme también. Una vez leyó en un libro que los seres humanos sueñan más con los regresos que con las partidas. En su sueño su hijo la llama desde la despensa de la casa de su infancia. Está refugiado ahí dentro, como si tuviera miedo, y su presencia es un error cronológico que en el sueño se hace posible: la llama repetidamente con voz de niño, un niño de la edad de Naima cuando vivía allí, pero tiene cara de hombre, su cara actual.

Cuando abre los ojos, casi a la fuerza, se da cuenta de que el humo ha tendido un velo entre la habitación y ella. Tose a la primera inspiración y siente un escalofrío. Se vuelve de un brinco hacia la mesilla de noche para encender la luz. Ya no funciona.

Alarga una mano en la oscuridad para aferrarse a la silla de ruedas, pero los nervios vuelven imprecisos sus movimientos y, sin querer, aparta de un manotazo la silla, que va a parar fuera de su alcance.

Se queda inmóvil unos segundos, recuerda a una marioneta desarticulada, con el busto hacia delante y la mano vuelta hacia la rodilla. Nunca ha odiado tanto su cuerpo inerte como en esa fracción de segundo. Trata de pedir auxilio, pero en lugar de su voz sólo sale un estertor que no tarda en morir en otro golpe de tos.

Se lleva ambas manos a la garganta. Piensa en su marido, se lo imagina en la otra habitación, dormido delante del televisor, aturdido ya por el humo.

Tiene que hacer algo. Si es cierto que los sueños conciernen más a los regresos que a las partidas, cuando se está despierto las partidas pueden ser el único asidero. Naima reúne fuerzas y supera el borde de la cama.

Se deja caer, tendiendo los brazos hacia delante para protegerse el rostro.

El impacto la deja sin respiración. Su pecho se estrella contra el suelo. Luego siente un dolor al volver a respirar, y a cada golpe de tos una punzada le atraviesa el esternón.

Mientras clava los codos para arrastrarse hacia la puerta, los pensamientos de Naima se van volviendo más ilógicos y circulares, pero ni por un instante acaricia la idea de rendirse: tiene que llegar hasta donde está su marido.

En la planta inferior vive Polina, justo en el apartamento contiguo a aquel donde se ha desatado el incendio. Estaba tan cansada que ni siquiera se ha cambiado. Aún lleva

puestas las mallas de ballet y una camiseta descolorida en la que pone BELIEVE IT.

Hace días que no duerme. Su hijo de dos meses no para de llorar, y eso que ella lo amamanta y le cambia el pañal cuando lo necesita, con la precisión que la caracteriza. Quizá el niño tenga cólicos, piensa justo antes de quedarse dormida, descartando la hipótesis de que quiera que lo coja en brazos.

Polina no sabe tenerlo en brazos. Y no se aclara con los llantos de su hijo.

Mientras duerme, vuelve a oírlo. Como una culebra, serpentea en el sueño. Pero es un llanto distinto, y por primera vez se impone sobre el sueño intermitente que estaba teniendo Polina. Por fin consigue descifrar ese llanto. Es un alfabeto morse que poco a poco desvela su significado. Es un grito de auxilio. Un grito desesperado.

Lo primero que nota es el calor. Al levantarse de la cama, se le echa encima y la envuelve como un manto. Le quemán los ojos y la garganta mientras trata de abrirse camino en la oscuridad. Tiene la respiración ahogada, los golpes de tos la cierran cada vez que intenta hacerse más amplia. Y mientras, avanza hacia el cochecito, con los brazos hacia delante y el corazón retumbándole en los oídos.

El llanto está allá abajo, en algún sitio. Pero a cada paso parece más lejano.

El edificio aún no muestra señales evidentes de su herida, al menos por fuera. El humo que se escapa por algunas ventanas se confunde con la niebla que cubre la ciudad y que el viento dispersa, agitando también las aguas del río que fluye por debajo. Al otro lado del puente, casi enfrente

del edificio, hay una tienda de comestibles abierta las veinticuatro horas. Es el negocio familiar en el que Hulya cumple hoy su primer turno de noche.

Su nombre significa «sueño» en turco. Su madre se lo puso porque después de dos hijos varones esperaba tener una niña, y cuando veinte años atrás la estrechó entre sus brazos, comprendió que por fin su sueño se había cumplido. Hulya, en cambio, no cree en los sueños; le parecen una inútil huida de la realidad. Ha elaborado un método alternativo para gestionar la vida: la filma con su móvil, dividiéndola en pequeños fotogramas manejables, después vuelve a montarla y la corrige, introduciendo filtros, efectos y una banda sonora.

Esa noche, para matar el rato, navega como siempre por las redes sociales, entre vídeos de aficionados y galerías de fotos, hasta que la campanilla de la puerta la avisa de que ha entrado un cliente.

Hulya alza los ojos de la pantalla y siente un escalofrío que le muerde la espina dorsal.

Delante de ella hay un hombre. Jadea con los ojos desorbitados, como si acabara de ver un monstruo en la acera de enfrente.

—¡No tengo móvil, llama a los bomberos! —le grita indicándole el puente con el brazo—. ¡Hay un edificio en llamas!

Las tareas de extinción duran hasta el amanecer del 24 de marzo, pero las estrellas se apagan mucho antes, cuando el humo empieza a elevarse en el cielo.

Primera parte

Las combustiones son procesos de oxidación. En la naturaleza, a temperatura ambiente proceden a velocidades mínimas, como si estuvieran en un estado de aparente «letargo». Existe un umbral, denominado de activación, por debajo del cual las moléculas que componen la materia se entrechocan sin reaccionar.